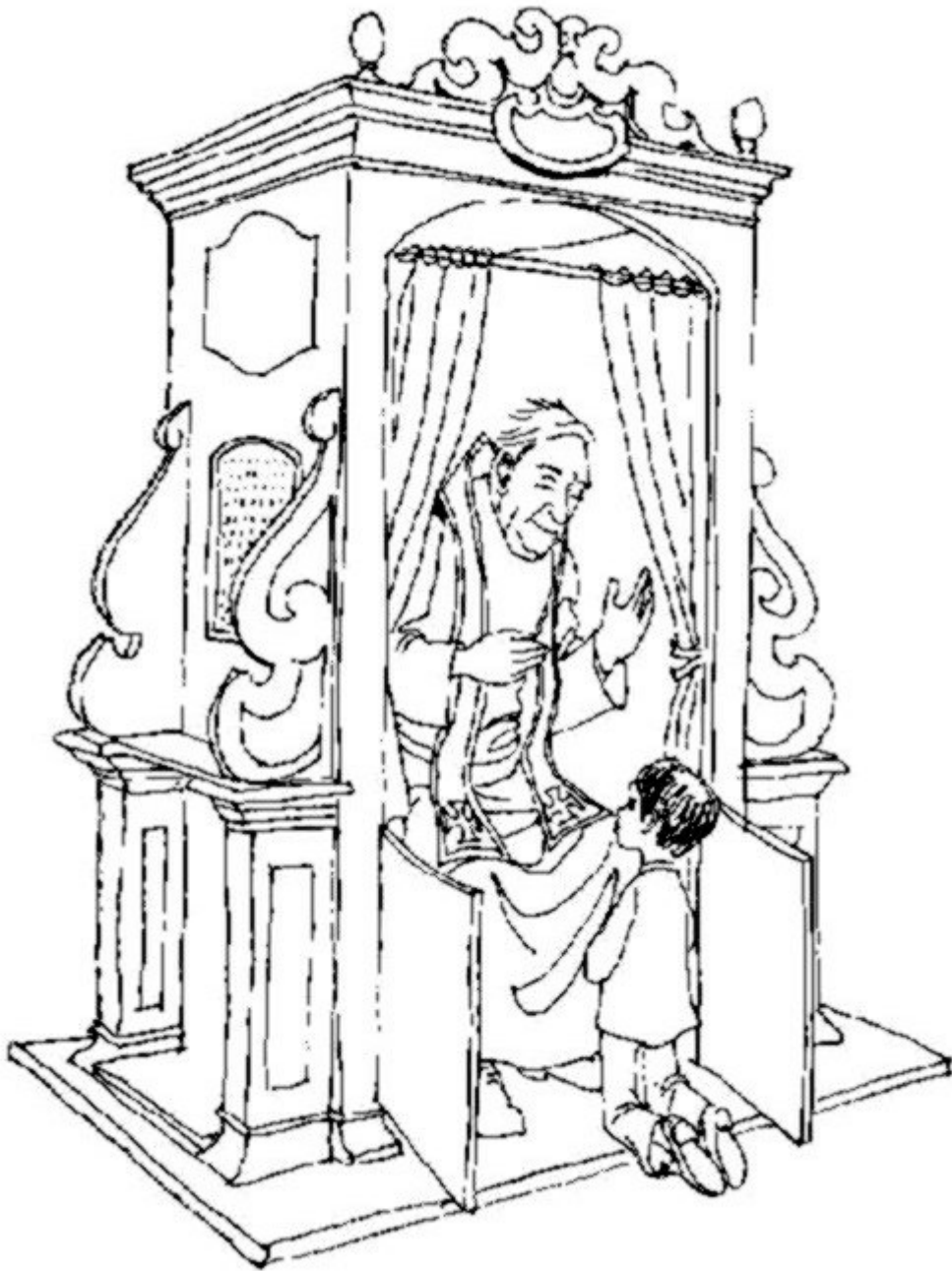


Un huevo frito



Un buen día, su madre habló a Josemaría del sacramento de la confesión. Su alma quedaría completamente blanca y Dios perdonaría sus pecados.

Aquella tarde salió de casa rumbo a la Iglesia, como siempre, muy peinado, de la mano de mamá. Era tan pequeñito, que no llegaba a la ventanilla. Entonces, el sacerdote abrió el confesonario y Josemaría se metió un poquito dentro.

Al terminar la confesión, el sacerdote le dijo la penitencia:

- Pedirás a mamá ... que te de un huevo frito.

La cara del niño se iluminó ante semejante expectativa. Don José reacciona con una carcajada al escuchar la simpática ocurrencia del sacerdote.